

que con legítima excusa
no vendrás en una noche
en que formidables luchan
airados los elementos.

—Y no lo yerras, sin duda;
mas ya que estamos aquí,
volvemos también, en suma,
sin ver si sale ó no sale,
también fuera en mí locura.

—Como quieras.

—En tu sitio
queda, pues.

—Félix, escucha:
¿Ves allí un bulto parado?

—Qué, ¿tienes miedo?

—¿Te burlas,
Félix?

—No; mas como veo
que ese embozado te turba.....

—Dejémosle que se aparte.

—Juzgo cosa más segura
que le hagamos apartar.

—¿Á la fuerza?

—¿Qué pregunta!
Si no se aparta de agrado,
á ella es fuerza que recurra.

—Vamos, pues.

—Tú queda inmóvil,
que no necesito ayuda.

—Entiendo. —Y así diciendo,
fuése con planta segura

don Félix al embozado,
que de situación no muda.

Paróse á tres pasos de él,
y con gentil apostura

dirigióle estas palabras
con voz ajena de injuria:

—Hidalgo, si grave empeño
tal vez no os lo dificulta,

dejadme libre un momento
la calle.

—Y ¿qué es lo que busca
en ella vuestra merced?

—Busco una casa.

—¿La suya
tal vez?

—Estime el hidalgo
la cortesía que se usa

con él, y responda atento,
que mi paciencia se apura.

—Perdone el buen caballero,
y eche adelante si gusta.

—Es que os habéis de apartar.

—Si haré.

—Gracias.—Hizo punta
el embozado hacia arriba,

tomando en la calle ruta,

y echó hacia abajo don Félix

hasta ver por las junturas

de la reja de doña Ana

la luz que en el cuarto alumbraba.

Pasó por frente á la reja,

volvió á pasar; hizo, en suma,

para llamar su atención

cuanto no fuera hacer pública

con la presencia de un hombre

de doña Ana la conducta;

mas ni se abrió la ventana,

ni se oyó señal alguna.

Ya el corazón se le prensa

de los celos con la furia,

ya negros y pavorosos

presentimientos le turban,

y ya dudaba afanoso

entre si era ó no cordura

el volverse ó el quedarse

hasta que verdad descubra,

cuando hacia él, calle adelante,

vió correr con gran premura

á su amigo, que le dice:

—¡Huye, don Félix!

—¿De qué?
—¡Que huya!

—El milanés maldito
tenía su gente oculta

para dejarte pasar,

y con mano más segura,

encerrado en esta calle,

abrírte en su centro tumba.

—¿Estás seguro que es él?

—Sí, Félix; sin duda alguna.

—Ganemos, pues, la otra esquina,

que fuera cosa hartó dura

morir aquí como perros

á las manos de tal chusma.

Pero mañana, la mía

será la primer figura

que á sus ojos se presente,

y veremos si su astucia

de su corazón desvía

de mi tizona la punta.

Vamos.—Y así pronunciando,
á alejarse se apresuran.

Mas no bien á la otra esquina

tocaban, cuando á ellos juntas

dos espadas se vinieron,

que toparon con las suyas.

Duró la lid un instante,

y ya vencer se figuran,

pues á estocadas los llevan

los dos mancebos con furia,

cuando corriendo llegaron,

con las espadas desnudas,

otros tres por sus espaldas.

Siguió momentos la lucha,

como valientes lidiando;

mas ¿qué el valor les ayuda

donde á traición contra ellos

cinco cobardes se juntan?

Cayó primero don Félix,

y aunque en la tapia se escuda

para lidiar cara á cara,

los ojos ¡ay! se le anublan

con la sangre que derrama,

y á cuchilladas le abruman.

Riñó como bravo el otro,

mas fué inútil su bravura,

pues todos en torno suyo

villanamente se agrupan,

y al cabo de unos momentos

cayó con heridas muchas,

de boca, á impulsos de un tajo

traidor, sentado en la nuca.

Tomaron la calle arriba

los viles, y en voz confusa,

unos á otros, marchando,

que muertos son se aseguran

Amanecía apenas
el inmediato día,
cuando sus horas de quietud serenas
á don Pedro Guzmán interrumpía
siniestra y tumultuosa vocería.

De su casa en la puerta
con aldabadas dobles,
á cuyo impulso sus macizos robles
resistencia oponían, pero incierta,
llamaban tenazmente;

y ya en tropel juntábase de gente,

y ya don Pedro presto,

con prisa airada y soñoliento gesto,

las ropas se vestía,

porque ningún doméstico lo hacía.

Ya de su larga bata

las puntas coge y las presillas ata;

y al balcón se dirige,

cuando un viejo criado

que ha muchos años que su casa rige,

llegó á él con semblante desolado.

—Fermín, ¿qué es lo que pasa,

dijo don Pedro, para ruido tanto,

que parece que á hundirse va la casa?—

Y amargo llanto derramando el viejo,

—No salgáis dijo, ¡por el cielo santo!

—Mas ¿qué pasa? ¿Quién es?

—Es la justicia.

—Y en mi casa, ¿qué quiere?

—¡Oh! Con vos nada,
señor, nada con vos.

—Pues, á quién busca?
Fermín, sea cualquiera la noticia

que al fin me has de decir, por desastrada
que sea, dila pronto.

—¡Sosegaos, señor!

—¡Voto á los cielos,
que valen más que el susto tus recelos!—

Y tal diciendo con airado tono,

dirigióse á la puerta;

mas el viejo Fermín interponiéndose,

con sollozos le dijo interrumpiéndose:

—Vuestro hermano, señor, hoy no ha dor-

dentro de casa.—Y comprendiendo al pun-

don Pedro lo demás, lanzó un gemido [to

arrancado al dolor y la ira junto.

Y apartando al anciano suplicante,

lanzóse por los cuartos adelante.

Al pie de la escalera,

en hombros de unos hombres compasivos,

yacía, desgarrando de los vivos

el corazón, y de su muerte fiera

con horrendas señales mutilado,

don Félix desdichado.

De siete anchas heridas

por las sangrientas bocas

la vida se le huyó, y compadecidas

de tan triste espectáculo, pudieran

en lágrimas romper las duras rocas.

La horrible escena de dolor y saña
 á que don Pedro se entregó, sin duda
 que es á mi pluma extraña:
 que á períodos poéticos acuda
 para pintarte con verdad, en vano
 será, ¡oh caro lector! Llama en tu ayuda
 tu propio corazón, y pesa el duelo
 que fuera en él si un padre ó un hermano
 de modo tal te arrebatara el cielo.
 Con tan grande dolor, con pena tanta
 don Pedro de Guzmán enloquecido,
 largo rato anudada en su garganta
 sintió la voz, y se esquivó el sonido;
 y sobre los despojos
 del infeliz hermano
 llanto vertieron sus nublados ojos;
 trémula y fría separó su mano,
 á su dolor cediendo sus enojos;
 mas luego que en su mente
 volvieron á ordenarse las ideas,
 y al corazón ardiente
 volvió el valor, un punto adormecido,
 su centelleante vista, de repente
 tendió por el concurso enmudecido,
 diciendo con acento enronquecido.
 —¿Quién fué el traidor cobarde
 que en un mancebo imberbe todavía
 de tan salvajes iras hizo alarde?—
 Y en derredor tendió fiera mirada
 Guzmán, mas nadie le repuso nada. ran?
 —¿Todos, dijo don Pedro, aquí lo igno-
 ¡Todos callan! ¡Pardiez! ¿Dónde fué
 muerto?
 ¿No hallaron la verdad los que le lloran,
 los que le traen á domicilio cierto?
 ¿Quién le reconoció? ¿Quién pudo acaso
 de quien le recogió guiar el paso?—
 Volvió á tender en torno su mirada
 Guzmán, y nadie le repuso nada.
 Entonces, ya con tono descompuesto
 y semblante iracundo,
 hijo de su pesar justo y profundo,
 á un Alcalde de corte que con gesto
 impasible y severo le había oído,
 cuya ronda á su hermano ha recogido,
 dirigióse Guzmán así diciendo:
 —Amigo soy del Rey, y pues tan necia
 en los crímenes anda la justicia,
 sabrá el Rey que su ley se le desprecia,
 y que el miedo la tuerce ó la malicia.—

Y volviendo la espalda Guzmán, fiero
 pidió á Fermín su capa con su acero;
 viendo lo cual el juez, tras él echando,
 y á Guzmán de los otros apartando,
 díjole:—Oídme, pues, buen caballero.—
 Y de la estancia fuera,
 platicaron los dos de esta manera.

DON PEDRO

Decid.

ALCALDE

Con vuestro hermano
 otro joven hallé, que al par herido
 fué con don Félix por la misma mano.

DON PEDRO

Y ¿quién es?

ALCALDE

Fué don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO

¿Murió también?

ALCALDE

También.

DON PEDRO

¡Oh suerte fiera!

ALCALDE

Mas vivió lo bastante
 para decir con hálito expirante,
 y jurar por la fe de caballero,
 y de la eternidad por el gran paso,
 de tan traidor y lastimoso caso
 el autor verdadero.

DON PEDRO

Y ¿quién es, vive Dios!

ALCALDE

Antes, don Pedro, de saber su nombre
 juradme que escondido en vuestro pecho
 le guardaréis, que es hombre
 que por bueno pasar puede lo hecho;
 y que al Rey solamente
 lo habéis de revelar secretamente.

DON PEDRO

Sí juro; mas si fuese
 el mismo Rey, señor Alcalde, habría
 de hacer justicia en sí, ó ¡por vida mía,
 que puede que me oyese
 lo que de nadie oír esperaría!

ALCALDE

A la venganza yo no os pongo coto;
 mas si no sois del Rey muy grande amigo,
 no mováis con quien fué mucho alboroto;
 y esto, Guzmán, que os digo,
 lo que os puedo decir es, y es mi voto.

DON PEDRO

Mas ¿quién es? Acabad.—Y aquí al oído
 de don Pedro acercándose el Alcalde,
 dijo, y de nadie pudo ser oído:

ALCALDE

El milanés que habita en la Embajada
 de Inglaterra.—Y don Pedro,
 tal nombre oyendo, al lado de la espada
 llevó la mano, y con feroz mirada,
 —Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo.

ALCALDE

¿Solo el Rey lo sabrá?

DON PEDRO

Solo, y de modo
 que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose
 para dejar la historia bien redonda,
 desde allí cada cual siguió entregándose,
 don Pedro á su dolor, y él á su ronda.
 Pero puede el discreto
 imaginar, que en calma
 no podría encerrar dentro del alma
 don Pedro de Guzmán este secreto,
 y que á vueltas y á solas andaría
 más segura buscando
 del autor del delito tan infando
 fiera venganza en oportuno día,
 y que el día fatal quedó aguardando.

—
 Y á la mano en pocos días
 la ocasión le vino pronta,

que quien para el mal la busca,
 siempre se la encuentra próxima.
 Seguido de un escudero
 por honor de su persona,
 y por ayuda en un caso
 de una asechanza traidora,
 por fuera de Recoletos
 una tarde nebulosa
 el de Guzmán se pasea
 rumiando tristes memorias.
 Víasele entre los árboles
 como una siniestra sombra,
 el monasterio cruzando
 desde una esquina á la otra,
 la larga espada en la cinta,
 embozada la persona,
 descolorido el semblante
 y con la mirada torva.
 Todo su exterior, en fin,
 revela que su alma á solas
 en los cálculos se abisma
 de meditaciones hondas,
 y que una idea inmutable,
 íntima y desoladora,
 lastima su inquieta mente
 y el corazón le acongoja.
 Piensa en su hermano don Félix
 y en la más fácil y próspera
 ocasión de la venganza
 de muerte tan elevosa.
 En esto, el Prado adelante,
 por dos yeguas voladoras
 que le pacieron la grama
 al Guadalquivir en Córdoba,
 arrebatada venía
 sin camino una carroza,
 pues torpe mano, á las yeguas
 acosando, desbocólas.
 Al punto vió la impericia
 Guzmán, cuya generosa
 sangre á ayudar le impelía
 al que así necio se arroja;
 y conociendo que pronto,
 dejando la arena cómoda,
 se entraran por los vallados
 las dos bestias poderosas,
 con su escudero lanzóse
 por si contenerlas logra,
 y aquel peligro desvía
 de quien la muerte provoca.

Los que en el carruaje vienen,
gritaron en voces roncadas:
«¡Fuera! ¡Fuera!», por si acaso
con el espanto empeoran
los animales, y alcanzan
caída más desastrosa.
Mas á sus voces haciendo
Guzmán las orejas sordas,
como hombre sereno y ducho
en semejantes maniobras,
colocándose á ambos lados,
la vista y la mano prontas
caballero y escudero,
al enfilear la carroza
con un instantáneo arrojo
asiendo las bridas rotas,
á una yegua el caballero,
y el escudero á la otra,
consignieron, lastimándolas,
pararlas, y á mucha costa.
Saltó en tierra un caballero
á la más estricta moda
equipado, y de presencia
muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse á don Pedro
á darle gracias, la gola
le aferró con ambas manos
el de Guzmán, con furiosa
voz diciéndole: «¡Asesino,
caiga en ti su sangre toda!»
El milanés (que no era otro),
que aquella sangrienta historia
recordó viendo á don Pedro,
dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzmán,
y treguas dando á su cólera,
le dijo: «Hacia aquí apartaos;
veamos si vuestra hoja
corta igualmente de cara
como por la espalda corta.»
Echaron á Recoletos,
y de tapia protectora
amparándose, sacaron
al aire sus dos tizonas.
Perdió el milanés la suya
con muchísima deshonra,

y yendo á herirle don Pedro,
como una espantada zorra
á quien los perros persiguen,
tomó fuga vergonzosa.
Indignado el de Guzmán
viendo con alma tan poca
á quien tan traídoramente
asesina entre las sombras,
echó tras él, ya resuelto
á darle muerte alevosa.
El milanés, conociéndolo,
con intención previsora
ganó á la iglesia la puerta,
y la capilla más próxima.
Entró tras él Guzmán, ciego,
mas á una imagen devota
de Cristo viéndole asido,
de la mujer generosa
se acordó que dió la vida
al matador de Zamora.
Soltó su mano la espada,
con voz descompuesta y cóncava
diciendo al otro, que le oye
con alma y con faz atónitas:
«Idos, que yo os dejo libre;
vágaos la buena memoria
de una mujer que por mí
osó hasta acción tan heroica.»

Y saludando á la imagen
con reverencia piadosa,
dijo: «Hasta aquí mi venganza:
¡Dios me la tenga en memoria!»
Dudándolo todavía,
ve el milanés que abandona
la iglesia, mas de ello al cabo
sus sentidos se cercioran.
Y á su carroza volviendo,
por hazaña milagrosa
contó en la corte el suceso,
que admiró la corte toda.
Y por verdadera hazaña
contada de boca en boca,
á don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.

A mi amigo D. Juan Eugenio de Hartzenbusch.

Mi querido Juan Eugenio:
Mi tomo octavo publico,
y al cabo te lo dedico
en holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto:
un cuento te he prometido,
y un tomo te doy cumplido;
no me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
destinos ó protección;
yo no gravo á la nación,
conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
versos y libros pidiendo,
iré libros escribiendo,
que lo tengo por mejor
que pedir al poderoso,
mendigar del ignorante,
y rogar al arrogante,
que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
que alabe mi obra, no quiero,
que tan bien como el primero
puedo ser yo catedrático.

Y á más, para entre los dos,
los criticones de hogaño
no nos harán mucho daño;
saben poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas vigalias
hoy en críticos estudios;
tras poquísimos preludios,
hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á París,
y almorzar con Víctor Hugo,
vuelves y pones el yugo
literario á tu país.

¡Las letras están fatales!
vienen diciendo de allá.

Las artes....., ¡lástima da!
¡No están en el Congo tales!

Pues ¡los teatros? ¡Da grima!
¡Ni de talento hay destellos!.....

Y escriben comedias ellos
como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercén allá,
ora á la regla, ora al gusto,
cada escena nos da un susto
si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan
por medio ninguno humano,
cortar el nudo gordiano
ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
sus disparates bautizan.....;
y tanto la luz atizan
que nos dejarán á oscuras.

Quien de la *escuela moderna*
genio innovador se llama,
barba, galán, paje y dama
despacha á la vida eterna.

Quien sé dice de la *antigua*,
en cánticos pobrecitos
de la otra cambia los gritos,
y que da sueño averigua.

Yo, que tal veo, me digo:
¡Tanto valen, á fe mía!
Con que firme en mi manía
de andar con entrambas sigo.

En lo que no hago ¡por Dios!
mas que, con maña oportuna,
tentar á la par fortuna
por cualquiera de las dos.